El magnífico retrato de una mujer apasionada que lucha entre deber y deseo, entre compromiso y libertad

UNA ESPOSA PERFECTA

KATHERINE SCHOLES

Planeta

UNA ESPOSA PERFECTA

KATHERINE SCHOLES

Traducción de Julio Hermoso

Planeta

Título original: *The Perfect Wife*

© Katherine Scholes, 2013
© por la traducción, Julio Hermoso, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2014
ISBN: 978-84-08-13306-3
Depósito legal: B. 17.126-2014
Composición: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Impaciente, Kitty cambiaba de postura en su asiento. Daba la impresión de que el viaje se había eternizado, aunque por fin se acercaba ya el final y pronto se reuniría con su marido. Iban a volver a empezar juntos, a reiniciar su matrimonio. A partir de ese momento, a salvo de un pasado que quedaba atrás, todo sería nuevo, inmaculado, indemne. No podía resistir las ganas de que el avión aterrizase... y de que comenzara su vida en África.

Como distracción, se alisó la chaqueta y se cepilló las migas de la camisa de lino de color crema. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Los sentía resecos e irritados; apenas había dormido en veinticuatro horas. En algún lugar entre Roma y Bengasi, la tripulación había preparado unas camas para los nueve pasajeros, pero a Kitty le había costado relajarse aunque se encontraba bastante cómoda. Le molestaba la vibración de las hélices, que se filtraba a través del metal del fuselaje, desnudo de aislamiento, y a esto se le sumaba la incomodidad propia de acostarse para dormir en medio de un grupo de hombres que, antes del inicio de aquel viaje, eran completos desconocidos. Tenía la sensación de haberse quedado apenas traspuesta cuando la tripulación regresó para plegar los camastros y servir el desayuno.

Abrió los ojos y volvió la cabeza hacia el pasajero que tenía a su lado. Paddy no mostraba signo alguno de cansancio. Se sentaba erguido, mientras leía una novela de bolsillo bien

manoseada y con las esquinas de las páginas dobladas. Levantó la vista como si hubiera sentido la mirada de ella.

—No falta mucho. Apuesto a que se muere de ganas de ver a ese marido suyo.

Kitty asintió.

—Seis semanas parecen una eternidad.

—Es amor verdadero, entonces —sonrió con descaro.

Ella le correspondió. Paddy no mostraba las contenidas formas de los británicos; era incapaz de imaginárselo de pie como siempre hacía Theo, aguardando a que una señora tomase asiento antes de hacer él lo mismo. En ese sentido, aquel irlandés era como los australianos, y tal vez fuera ese el motivo de que Kitty se sintiese tan cómoda con él. También estaba el hecho de que era bajito y regordete, con un porte que le recordaba a una mascota cariñosa. Resultaba imposible imaginar que pudiera suponer una amenaza de ninguna clase.

—Tengo que terminarlo antes de llegar. —Paddy recorrió con el pulgar las páginas que le restaban de la novela—. Me da la sensación de que vamos a estar muy atareados. —Retomó la lectura y pasó el dedo por la página para localizar por dónde iba.

Los pensamientos de Kitty regresaron al hangar desvencijado del aeródromo situado en las afueras de Londres donde había conocido a Paddy junto con los otros pasajeros que partirían con ella rumbo a Tanganica. La guerra había finalizado tres años atrás, pero los hombres continuaban identificándose con el rango militar además de su nombre. Todos eran ingenieros y mecánicos destinados al taller de tractores de Kongara. De pie, formando un pequeño grupo con los maletines a sus pies, se habían puesto a charlar sobre el Plan del Maní: qué habían oído, qué sabían... Kitty había escuchado atenta, atesorando cada fragmento de información. Quería estar bien al tanto a su llegada para que Theo, de aquel modo y ya desde el primer instante, pudiera charlar de su trabajo con su esposa al volver a casa cada día.

Paddy había llegado tarde, resoplando y con el rostro arrebatado. Llevaba un petate colgado del hombro y la documentación de viaje arrugada en la mano. El funcionario del Ministerio de Agricultura no sabía si sentirse irritado por la falta de puntualidad del irlandés o aliviado por poder tachar el último nombre de su lista de embarque. Acompañó hacia la puerta del hangar a las personas a su cargo.

Al poner el pie en el exterior, Kitty se ciñó a la garganta el cuello de pieles de su abrigo; el país estaba sufriendo el azote de una ola de frío. El cemento estaba helado, y ella mantenía la mirada fija en sus pies conforme atravesaba la pista, de manera que oyó —más que vio— al hombre que llegaba a su lado a grandes zancadas.

—Me llamo Paddy O'Halloran —le dijo con una alegre sonrisa—. No combatí en la guerra.

Kitty arqueó las cejas, desconcertada por aquellas formas tan directas, casi burlonas.

—Yo soy la señora Hamilton.

—Desde luego que sí —dijo él—. Lo sé todo sobre usted.

Perdió el paso por culpa de un brote de inquietud que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. En un recuerdo veloz, oyó la voz de Theo, tensa de ira.

«Mi mujer, según parece, es famosa.»

Acto seguido, el golpe seco de un periódico sobre la mesa, el tintineo de las tazas de té sobre los platos de porcelana fina.

Kitty tragó saliva y se preparó para lo que fuera a decir a continuación, pero el tono de Paddy siguió distendido.

—Se marcha a reunirse con su marido, Theo Hamilton, teniente coronel de las fuerzas aéreas. Director administrativo. Ya nos dijeron en la reunión informativa que usted se encontraría a bordo. —Le guiñó un ojo—. Creo que intentaban asegurarse de que todos nos comportemos. Algunos de los compañeros no están acostumbrados a tener cerca a una dama.

Antes de que Kitty tuviese oportunidad de responder, sin-

tió que uno de sus pies comenzaba a resbalar sobre el hielo. Él la agarró por el brazo y la sujetó.

—Malditos resbalones. Con cuidado, así.

Al aproximarse al aeroplano, Paddy señaló hacia la hilera de ventanillas cuadradas que discurría a lo largo del fuselaje.

—Es un bombardero Lancaster reconvertido, ¿sabe? Esperemos que le hayan puesto asientos además de ventanillas.

—Mi marido pilotaba un Lancaster.

—¿En cuántas misiones participó?

—Cuarenta y nueve —respondió orgullosa.

Paddy soltó un silbido entre dientes.

—Debe de ser inmortal. —Se apartó para cederle el paso a ella ante la escalerilla metálica.

Kitty se aferró a la barandilla, y el frío le traspasó los guantes de piel fina. Trató de no prestar atención al hecho de que el Lancaster era una bestia enorme. Las escenas del noticiario cinematográfico de guerra se sucedían como fogonazos en su cabeza. Oyó el traqueteo frenético de motores inutilizados. Vio carlingas envueltas en llamaradas y el rastro de humo oscuro que dejaban unos aviones que parecían de juguete y caían recortados contra el cielo justo antes de precipitarse al mar. Durante los tres largos años en que Theo había prestado servicio activo, Kitty había vivido con el temor de perderlo de aquella manera más tarde o más temprano. Y casi había sucedido: su avión resultó alcanzado durante un bombardeo nocturno sobre Alemania. Theo consiguió llevar el Lancaster de vuelta a Inglaterra y realizar un aterrizaje forzoso en unos campos, pero él fue el único miembro de la tripulación que sobrevivió a las llamas que lo engulleron. Al día siguiente volvió a entrar de servicio. La pesadilla había proseguido durante más y más tiempo, mientras, uno tras otro, morían los amigos de Theo. Ella casi había empezado a tener la sensación de que sería un alivio cuando por fin recibiera el telegrama que hiciese realidad sus temores.

Alcanzó el final de la escalerilla y se detuvo para respirar

hondo, un aliento tranquilizador. Contra todo pronóstico, Theo había sobrevivido. La guerra era cosa del pasado, y el poderío del bombardero se destinaba a un uso diferente.

El personal de vuelo ayudó a los pasajeros a acomodarse en sus asientos, a guardar abrigos, bolsas y periódicos. Paddy había escogido el sitio junto a Kitty.

—Mi primer vuelo —le había comentado él—. Me siento más cómodo en un barco. ¿Y usted?

—He viajado en avioneta unas cuantas veces —respondió—, pero no es lo mismo. —El vínculo del Lancaster con la guerra no era lo único que la enervaba: el simple tamaño del bombardero resultaba sobrecogedor. Qué lejos estaban el piloto y los controles. No se parecía en nada a ir en el biplano Tiger Moth con Theo detrás, poco más allá del alcance de su mano.

—No se preocupe —le había dicho Paddy—. Estaremos todos bien.

A Kitty le había dado la sensación de que aquello iba dirigido tanto a tranquilizarla a ella como a sí mismo.

En las largas horas que habían transcurrido desde entonces habían sufrido rachas de turbulencias en las que los pasajeros se aferraban a los brazos de sus asientos y se pasaban bolsas para los vómitos. Cuando el vuelo era tranquilo, unos y otros comenzaban a contar historias o a hacer bromas sobre la comida. Incluso había chistes en referencia a los lavabos, aunque Kitty sabía que no iban destinados a sus oídos. Durante las paradas de repostaje en Italia, Libia, Uganda y Kenia, habían esperado todos juntos en antiguos barracones militares que hacían las veces de sala de recepción de viajeros. Con el olor de los gases metido en los pulmones, tomaban Coca-Cola caliente y tazas de un té que había estado hirviendo más de lo necesario. En la última parada, en Nairobi, habían probado unos deliciosos bocados llamados «samosas». Todos ellos lo habían convertido en un desastre de migas de hojaldre por doquier y se habían chupado los dedos

sin la menor vergüenza. No resultaba extraño que cada vez que regresaban a sus asientos en la cabina se sintieran más amigos que antes.

Con el trayecto prácticamente finalizado, Kitty observaba a sus compañeros de viaje distribuidos por el avión. Se pasarían el día metidos en unos talleres reparando maquinaria pesada y se alojarían en las dependencias de los solteros. Kitty sabía que ella iba a vivir en una casa como Dios manda: el retraso en las reformas que le estaban haciendo era el motivo principal de que ella hubiera tenido que quedarse en Inglaterra esas semanas desde que Theo se marchó. Sin embargo, más allá de eso, no sabía qué se podía esperar. Junto con la emoción de reunirse con Theo, Kitty sentía una tensión soterrada. Se tranquilizaba con la idea de que Kongara no era un lugar tan grande, se cruzaría con aquellos hombres de vez en cuando. Estaría bien ver algunos rostros conocidos entre tantas cosas nuevas y extrañas.

Se pasó los dedos por el pelo y se apartó de la cara algunos mechones despeinados. Aquella melena a la última moda era algo nuevo, y aún se sorprendía ante el repentino vacío por debajo de la línea de su mandíbula; echaba de menos la larga cabellera negra que le había caído sobre los hombros desde allá donde alcanzaban sus recuerdos. Kitty no quería cortárselo: aquella apariencia nueva formaba parte del pacto al que había llegado con Theo. Él no quería arriesgarse a que alguien la reconociese. Por supuesto que Kitty tampoco quería, pero mientras los largos cabellos iban desapareciendo a golpe de tijera, sus ojos se fijaban en el espejo entre un borrón de lágrimas. De sobra sabía que, en realidad, la transformación era la forma que tenía Theo de reclamarla, más que cualquier otra cosa. Su nuevo aspecto era un modo de reconocer que realmente se avergonzaba de lo que había hecho, de quién había sido. Sacudió la cabeza y sintió el roce del pelo en las mejillas. El cabello más corto era una elección práctica, se había dicho ella. Apropiada para un clima cálido.

Cogió su bolso, lo abrió con un clic y sacó la polvera. Estaba a punto de levantar la tapa cuando se detuvo con la mirada fija, inquieta, sobre el anagrama de oro en relieve. Se suponía que tenía que haber dejado atrás todo cuanto la vinculase con Katya, pero la polvera era lo único a lo que no se había visto capaz de renunciar. Empezaba a pensar que había cometido un error. Debería librarse de ella en cuanto pudiera, antes de que nadie la viese. Pero con aquel objeto en la mano, al sentir el tacto liso del carey, un nudo resistente se formó en su interior. Era poco probable que Theo se fijase en la polvera y, en cuanto a cualquier otra persona, era tal la ornamentación de las iniciales YKA que leerlas resultaba prácticamente imposible.

En el pequeño espejo salpicado de polvos rosados estudió sus labios, cubiertos de un rojo rubí mate. Echó después un vistazo a sus cejas, depiladas bien finas y perfiladas con lápiz. En cuanto al cabello, aún no estaba acostumbrada al peinado nuevo. Se sentía como si estuviese viendo a una extraña.

Tenía un ligero brillo en la nariz y en la frente. Su mano se quedó suspendida sobre el aplicador de la polvera. Casi podía oír a la madre de Theo expresar sus opiniones acerca del tipo de mujer que se empolvaría la nariz en público. No era más que uno de los pequeños delitos contra los que Louisa había advertido a la muchacha australiana. Kitty cerró los ojos un instante, en un intento por desterrar el recuerdo de cómo Louisa le insistía en la necesidad de mantener una refinada distancia con la ordinariez del mundo.

«A lo largo de toda su vida, el nombre de una dama aparece tres veces en los diarios. Cuando nace, cuando se casa y cuando la entierran.»

A causa de cuanto había sucedido después, aquellas palabras se habían agigantado y convertido en algo intimidatorio en la mente de Kitty. Abandonó la idea de empolvarse la cara, como si estuviera a su alcance ofrecer algún desagravio,

por mínimo que fuese. Era consciente de que el simple paseo hasta los lavabos tendría algo de indecoroso ante todos aquellos ojos masculinos que la observaban. Cerró la polvera y la deslizó en el interior de su bolso.

Junto a ella, Paddy dejó el libro y abandonó el asiento para mirar por una de las ventanillas. Se encontraba de pie con las piernas abiertas, pero aun así tenía que encorvarse para poder echar un vistazo hacia abajo.

—¿Se ve algo ya? —le preguntó.

Paddy hizo un gesto negativo con la cabeza.

Kitty suspiró. Pensó en sacar su libro de *Aprenda suajili por su cuenta* y hacer algún ejercicio de traducción. Aquello habría sido del agrado de Janet, la misionera jubilada que le había estado dando clases de idiomas antes de marcharse de Inglaterra, quien le insistía en que debía dedicar cualquier momento libre al aprendizaje de listas de vocabulario. Sin embargo, no se veía capaz de concentrarse. Distraída, bajó la mirada a sus zapatos. Aún parecían finos pese a que los llevaba con algo de polvo. Estudió la forma en que el cuero se ceñía al contorno de sus pies y cómo los tacones altos daban un aspecto más largo y elegante a sus pantorrillas. Solo esperaba que aquellos centímetros de más no la hiciesen ser más alta que su marido.

Paddy se irguió de repente y voceó por encima del hombro:

—¡Ahí está! ¡Venga a verlo!

Kitty se levantó y se acercó a su lado. Durante las últimas cuatro o cinco horas, allá abajo solo había habido terrenos vírgenes, extensiones de campo sin nada destacable y que le recordaban a su patria. En ese momento, sin embargo, con el rostro contra el cristal, sorprendida, se había quedado sin aliento.

Aquel terreno había sufrido una transformación. Habían retirado la capa superficial de matorrales, hierbas y árboles para dejar al descubierto una tierra desnuda y rojiza. El suelo despejado, que se extendía en la distancia, estaba comparti-

mentado en secciones gigantescas por medio de una cuadrícula de líneas rectas. Serían caminos, se imaginó Kitty; le recordaban a las sendas que atravesaban los amplios prados de la granja de su padre, allá en Australia. Observando con mayor atención, pudo distinguir las ondulantes líneas de las hileras que formaban los montículos de hozadas. Se preguntó si tenían por objeto evitar la erosión causada por el viento, por el agua, o por ambos.

—Basta con que se fije en las dimensiones de todo esto. —Paddy silbó entre dientes—. Cada una de esas plantaciones es cien veces más grande que la mayoría de las granjas inglesas —sonrió—. Presté mucha atención durante la reunión informativa. Nos dijeron que el Plan del Maní de Tanganica ocupará más de un millón de hectáreas. La mitad de la extensión de Gales. Según parece, ya se han alistado cien mil excombatientes. Así que eso es lo que somos: el Ejército del Cacahuete.

Los demás pasajeros se congregaron ante las ventanillas. La magnitud de lo que se extendía allá abajo también les impedía apartar la mirada.

—¿Sabe usted cómo comenzó todo esto? —Kitty reconoció la voz de Billy, un ingeniero del regimiento de Middlesex que aún arrastraba una cojera causada por una herida de metralla—. La idea se le ocurrió durante la guerra al ministro de Agricultura, el señor Strachey, mientras observaba cómo partían los camiones en dirección al frente. Soñaba con ver otro tipo de convoyes: arados, en lugar de armas, camino de África.

Todos miraban a Billy. Había contado chistes de toda clase durante el viaje, pero ahora su tono era casi reverente.

—Eso es todo esto —prosiguió—. Una oportunidad de hacer algo bueno, de reparar tanta destrucción y tanta muerte. En eso participamos todos nosotros: en una guerra contra el hambre.

Kitty intercambió una mirada con Billy y con Paddy, y después con todos los demás: Nick, Jimmy, Jamie, Robbie, Ralph

y Peter. La sensación de tener un objetivo común casi podía palparse. Notó cómo desaparecían todas sus preocupaciones al respecto de lo que le aguardaba en Kongara. Su nueva vida iba a ser emocionante, llena de actividad, su día a día ocupado con un propósito.

Los hombres se apartaron y dejaron que Kitty desembarcara primero. En cuanto puso el pie en la escalerilla metálica que habían empujado hasta el avión, la recibió una ráfaga de aire cálido y seco: el calor en el que ella había crecido. Entre los gases que despedía el aeroplano, pudo captar el olor familiar de la sabana: el polvo, las bostas de las vacas y el aroma almizclado de las hojas. Sus ojos recorrieron veloces la pequeña muchedumbre congregada por debajo de ella, en busca del pelo rubio cobrizo de Theo o de una silueta con su porte distintivo: el cuerpo un poco inclinado hacia delante como si se enfrentase a un viento de cara. No había señal de él. Kitty frunció el ceño y volvió a comprobarlo. Había algunos hombres juntos allí de pie, elegantemente vestidos con traje, corbata y sombrero. Había otro grupo que llevaba camisa de color caqui y pantalones bombachos, botas y calcetines de travesía. Ninguno de ellos se parecía a Theo.

Levantó la mano para protegerse los ojos del resplandor de la tarde y miró más en la distancia. Las únicas otras personas de piel blanca que pudo ver vestían monos azules y parecían formar parte del personal del aeródromo. Luchó contra el temor de que Theo se encontrase enfermo, o de que hubiera sufrido un accidente. Intentó no pensar en el destino del hombre al que su esposo había ido a sustituir; lo que le había sucedido era tan terrible que Theo ni siquiera se lo describió, pero ella sabía que había sido un accidente insólito. Por lo general, el trabajo de su marido no implicaba el menor peligro. Descendió los escalones. A su espalda podía oír el pesado retumbar de las botas de Paddy. Alzó la bar-

billa, decidida a no permitir que se le notase la inquietud. Se dijo que habría alguna sencilla razón, normal y corriente, para que Theo no hubiese ido a recibirla.

En el instante en que puso el pie en el asfalto, uno de los hombres trajeados dio un paso al frente. Le obsequió un ramo de flores envuelto en celofán.

—Bienvenida a Tanganica... y bienvenida a Kongara.

A la vez que aceptaba el ramillete, Kitty escrutó su rostro en busca de algún signo de que llevara malas noticias.

Él le ofreció la mano.

—Soldado Toby Carmichael, ayudante de su marido.

—Encantada de conocerlo —respondió. Le sorprendió la palidez de su piel; no tenía aspecto de pasar mucho tiempo al aire libre.

—Por desgracia, ha tenido que ausentarse. Una cuestión urgente. Inevitable, me temo. —Toby hablaba con las vocales cortas del acento de los Midlands, pero a ella le recordaba a Theo en la elección de sus palabras—. Ha bajado a las unidades. Estará de vuelta al final de la tarde. —Hizo un gesto hacia una muchacha que se encontraba allí cerca, de pie, con un portapapeles. Kitty se fijó en un rostro joven y regordete, unos labios rojos y un complejo peinado que compensaba una blusa y una falda lisas, de color caqui—. He dispuesto que Lisa la lleve a casa. El señor Hamilton se reunirá con usted en cuanto le sea posible. Espero que su viaje no le haya resultado agotador en exceso, aunque es muy largo, por supuesto.

—¿Adónde ha dicho que se ha marchado Theo? —Ahora que sabía que su marido no estaba enfermo ni había sufrido un accidente, se sintió decepcionada por su ausencia.

—Ha habido algún problema con los contratistas irlandeses en las unidades. —Toby bajó la voz como quien revela una información confidencial—. Nada de lo que preocuparse en absoluto.

Kitty apartó a un lado sus sentimientos heridos. El trabajo

había de ser lo primero. Ese era el motivo de que se encontrasen allí. La guerra contra el hambre.

—¿Ha dicho usted «las unidades»? —inquirió.

—Así es como llamamos a las plantaciones.

Se quedó con aquel término. Ya había descubierto que los caminos se llamaban «pistas», que la OFC era la Overseas Food Corporation. Que la UAC era la United Africa Company, compañía que proporcionaba contratos por obra a la mencionada OFC. Y, por supuesto, que «maní» no era más que otra manera de llamar a los cacahuetes.

—Ahora —dijo Toby—, vayamos con las presentaciones.

El intercambio de nombres y rangos, el sonreír y estrechar manos, parecía no acabarse nunca con un Toby que no paraba de pasar de una persona a otra y vuelta atrás. Kitty se llevó la mano a la boca y sofocó un bostezo, pero justo en ese instante, un movimiento captado con el rabillo del ojo le hizo prestar atención de inmediato. Un coche se acercaba veloz hacia ellos por el asfalto. Un sedán grande y reluciente, del mismo azul del cielo.

Al aproximarse más, Kitty lo reconoció como un Daimler: había dos de ellos aparcados en las caballerizas de Hamilton Hall. Este era un modelo más reciente, pero seguía poseyendo esa grandeza a la antigua que le daban los guardabarros enormes y un chasis bajo.

El coche se detuvo a unos metros de distancia. Ya de cerca, Kitty vio a un africano al volante, sus oscuras facciones casi desaparecidas tras el brillo de los cristales. Echó un vistazo a la parte de atrás del vehículo con la esperanza de ver allí a Theo. ¡Se había escapado del trabajo! No se podía perder su llegada.

En el asiento de atrás iba sentada una mujer con gafas de sol y un gran sombrero de color amarillo limón.

El chófer se bajó de un salto y rodeó el coche para abrir la puerta. Aunque tenía el aspecto de un hombre de mediana edad, vestía un atuendo que recordaba al uniforme de un marinero.

Un zapato blanco de tacón alto descendió al asfalto, seguido por otro. Aparecieron entonces un par de piernas envueltas en unas medias. A continuación, surgió la mujer. Lucía un vestido amarillo a juego con el sombrero, y guantes blancos a juego con los zapatos. Tras una pausa de un segundo para echar un vistazo general a la situación, se quitó las gafas de sol.

—Maldita sea. Sabía que iba a llegar tarde. —Lanzó una mirada acusadora hacia su chófer. Acto seguido se volvió hacia Kitty y clavó en ella sus ojos de color verde grisáceo, meticulosamente maquillados con rímel y sombra de ojos—. Usted debe de ser la esposa de Theo. —Tenía el mismo acento británico refinado de Theo, pero ella, además, arrastraba las palabras con languidez—. Soy la señora de Richard Armstrong. Mi esposo me ha pedido que venga a recibirla, ya que Theo ha tenido que ausentarse.

—Ha sido usted muy amable al venir —dijo Kitty.

En la conducta de la mujer no había ninguna pista que indicase si aquella tarea era un placer o una obligación. Dedicó una media sonrisa al resto del grupo antes de darse la vuelta para dirigirse a Toby. Kitty vio cómo el hombre se cuadraba hasta adoptar prácticamente la posición de firmes.

—Por favor, ocúpese de que envíen el equipaje de la señora Hamilton a su casa. Nosotras nos adelantaremos.

—Sí, por supuesto. —Toby lanzó una mirada a Lisa, la muchacha del portapapeles, que parecía decepcionada al ver que le arrebataban sus atribuciones de un modo tan abrupto.

Kitty acudió a su memoria en busca del apellido Armstrong. ¿Era el superior de Theo, el director general? ¿O tal vez su subordinado, el director de agricultura?

La mujer se volvió de nuevo hacia la recién llegada.

—Puedes llamarme Diana —la tuteó.

—Gracias. Por favor, llámame Kitty.

Los ojos de Diana recorrieron el rostro y la figura de Kitty.

Se alegraba ahora de haber mantenido la promesa que le había hecho a Theo respecto a cambiar su apariencia. Bajo el escrutinio de aquella mujer, el traje de chaqueta y falda parecía demasiado sencillo, y hasta los zapatos nuevos se veían insulsos, pero al menos el peinado y las cejas iban a la última.

—Vámonos, entonces —dijo Diana.

Kitty echó un vistazo a su alrededor en busca de Paddy. Él le ofreció su sonrisa de ánimo junto con un gesto de despedida con la mano. Estaba a punto de seguir a Diana hacia el coche cuando se levantó una repentina ráfaga de viento. Los hombres se sujetaron el sombrero y se inclinaron hacia delante para protegerse de los aguijonazos de la arena. Los papeles volaron de la carpeta de Lisa, agitándose de un lado a otro. Kitty apretaba los párpados cuando lanzó una mirada furtiva a Diana. Aquella mujer se mantenía de pie allí en medio, erguida y sin inmutarse. Se limitó a bajar la mirada, y sus pestañas cargadas de rímel formaron la silueta de dos medias lunas oscuras en contraste con su piel. Una mano enguantada se alzó para sujetar el ala del sombrero amarillo.

El Daimler abandonó el aeródromo y recorrió una cuidada franja de gravilla que atravesaba una zona de sabana despejada. Las dos mujeres iban sentadas, la una al lado de la otra, en la parte de atrás del vehículo. La mirada de Diana se mantenía al frente. Vista de cerca, su piel permanecía impecable, maquillada en un tono neutro y uniforme, y retocada con colorete.

—Eres australiana —le dijo sin mover el rostro.

Kitty la miró con inquietud. Aquello no se lo habría contado Theo, así que Diana debía de haber reconocido su acento. El profesor de dicción había asegurado a la madre de Theo que los orígenes de su nuera resultaban prácticamente indetectables. Serían las charlas con Paddy las que habían

hecho que su acento emergiera de su escondite soterrado. Tal vez hubiese vuelto a la superficie mientras le contaba al irlandés las historias de su infancia en la granja del interior despoblado de Australia.

—Sí, allí nací —respondió por fin—. Pero he vivido muchos años en Gran Bretaña. Me marché a vivir allí justo antes de la guerra.

Diana no hizo comentario alguno. Apoyó la cabeza en el respaldo con aire de agotamiento, como si acabase de llevar a cabo una difícil tarea. El silencio se prolongaba, y Kitty miró por la ventanilla. Aunque la tierra rojiza era bastante rica, la vegetación escaseaba. Todo tenía un aspecto muy seco. Su padre se había pasado toda la vida luchando contra un terreno como aquel, sufriendo para obtener unos ingresos que apenas bastaban para mantener a su familia, y aun así, aquella era la zona que se había escogido para implantar uno de los proyectos agrícolas más ambiciosos del mundo. Tal vez no fuese más que la época del año, se dijo Kitty, el efecto de unas estaciones tropicales extremas; cuestiones que aún se le escapaban a ella. Observó el interior del coche, a su alrededor; la madera lustrosa, el brillo de los detalles cromados y los asientos de cuero en color burdeos. Eso formaba parte de un mundo completamente distinto al escenario de fuera.

La carretera se adentraba en una zona donde la sabana abierta se veía salpicada de afloramientos de roca. El Daimler trazó su recorrido entre montículos de piedra de color claro y recubierta de matorral antes de volver a salir a campo abierto. Al mismo tiempo, el camino daba un giro brusco. Kitty se irguió en el asiento, y sus labios se abrieron con la sorpresa. Al frente se alzaban de forma abrupta unas montañas, como si las hubieran dejado caer allí por accidente. No las había visto desde el avión durante la aproximación al aeródromo; debían de estar al otro lado. Siguió el recorrido de la silueta de unos picos muy pronunciados, de roca escarpada, que al-

canzaban una altura considerable. Formaban unas pirámides perfectas, como imágenes sacadas de un cuento infantil.

Se volvió hacia Diana.

—Esas montañas... ¡Son preciosas!

Diana encogió un hombro a medias.

—Yo lo llamaría montes. Para mí, una montaña es un sitio para esquiar.

A continuación hubo más silencio, roto tan solo por el murmullo suave del motor. En contraste con las montañas, el paisaje más inmediato parecía aún más corriente. Se divisó después a lo lejos una especie de asentamiento. Kitty miraba hacia delante mientras trataba de entender lo que estaba viendo. Al acercarse, las extrañas formas y los colores comenzaron a cobrar sentido.

Era un mar de tiendas de campaña que se extendía en la distancia, unos triángulos idénticos, de un blanco sucio, dispuestos en hileras muy rectas.

—¿Dónde estamos? —preguntó a Diana. Había muchas alambradas altas y plazas de aparcamiento delimitadas con piedras pintadas de blanco—. Parece un campamento militar.

—Esto es Kongara.

Kitty ocultó su confusión. A partir de los comentarios de Theo tras su reunión informativa en Londres y de las dos cartas que él le había enviado desde Tanganica, se había creado la imagen de un pueblo pequeño formado por edificios simples pero sólidos. Había alguna mención a un club con una piscina y una serie de comercios. «Te va a encantar nuestro nuevo hogar —había escrito Theo—. La OFC lo ha amueblado por completo, hasta con toallas de color rosa en el cuarto de baño.»

—Los africanos lo llaman *Londoni*. —Diana soltó una carcajada seca—. Así se dice «Londres» en suajili. Aunque a duras penas se les entiende, tal y como lo pronuncian. La verdad es que el nombre se ha impuesto, y todos lo usamos ahora. No para toda la zona, solo el pueblo.

Kitty repitió para sí aquella palabra. Lon-do-ni. La sílaba central se arrastraba y hacía que el término sonase melódico e intrigante. Observó las filas de tiendas de campaña. Entre ellas, reparó en algunos grupos de chozas redondas con paredes de barro y techo de lona. Vio después una edificación alargada y estrecha con un porche. Un extremo se hallaba pintado de blanco y sobre la puerta un letrero decía SALÓN. En el otro extremo, la madera estaba al natural, con el rótulo COMEDOR COLECTIVO. Delante de ambas secciones había vallas que rodeaban lo que podían ser unos jardines, con la salvedad de que allí no crecía nada. Reconoció unos cuantos barracones Nissen, aquellas estructuras de chapa, alargadas y semicilíndricas, que se habían convertido en un paisaje habitual en Inglaterra durante la guerra. Había un cine al aire libre, con una pantalla y filas de asientos.

El automóvil disminuyó la velocidad hasta el ritmo del paso de un peatón cuando llegaron a una zona de tiendas de campaña de mayor tamaño. De una forma bastante repentina, por lo visto, había gente por todas partes. Europeos de piel clara, africanos, unos pocos hindúes, todos vestidos en diferentes tonalidades de caqui, lo cual aumentaba la sensación de encontrarse en un campamento militar. La gran mayoría eran hombres, aunque Kitty vio a algunas mujeres jóvenes con blusa y falda, como Lisa. Todo el mundo se movía con brío. Un tipo vestido con un traje tropical comprobó su reloj y echó a correr.

—La oficina central —dijo Diana.

En el exterior de la tienda más grande se alzaba un asta para una bandera. La Union Jack británica colgaba inerte en lo alto. Había cerca un Rolls Royce negro. Junto al coche aguardaba firme un soldado africano que lucía una elegante casaca con cinturón y un fez de color granate en la cabeza. Kitty estiró el cuello con la esperanza de ver el interior de la tienda. Todo cuanto pudo atisbar fue un escritorio grande, una máquina de escribir y una torre inclinada de carpetas.

El coche continuó avanzando y dejó atrás otros cientos de aquellas pequeñas tiendas de campaña antes de adentrarse en una zona ocupada por hileras de *bungalows* de madera. Eran idénticos, y tenían pinta de no contar con más de un par de habitaciones. La mayoría tenía un tendedero montado en uno de los lados, y la colada que allí colgaba consistía principalmente en ropa de trabajo de color caqui con la esporádica mancha de colores vivos de un vestido, una blusa o un pijama de niño.

—Y esto —dijo Diana— se conoce como los cobertizos.

—¿Es aquí donde vives... donde vivimos? —preguntó Kitty con cierta cautela.

—Por Dios santo, no —respondió Diana—. Esto es para los ayudantes de campo, el personal médico y gente así. —Señaló hacia más adelante, en dirección a las montañas, donde una franja verde marcaba el pie de la pendiente—. Nosotros vivimos allí arriba, en Millionaire Row. Ese no es su verdadero nombre, por supuesto. Es Hillside Avenue. Lo más grandioso de toda Tanganica.

Kitty detectó un tono irónico en la voz de aquella mujer. Estaba intentando formular la respuesta adecuada cuando el rostro de Diana de repente se quedó petrificado y lanzó la mano hasta alcanzar el hombro del chófer.

—¡Cuidado!

El coche frenó en seco y lanzó a ambas mujeres contra los asientos delanteros. Se produjo un denso silencio. Entonces se oyó el sonido de la risa de una niña.

—Alabado sea Dios —dijo el chófer—. No ha recibido ningún golpe.

Una niña pequeña salió corriendo del camino; las trenzas rubias se balanceaban a su paso mientras perseguía los botes de una pelota roja.

Las dos mujeres se reacomodaron en el asiento. Kitty suspiró de alivio, pero, a su lado, Diana permanecía rígida y con los ojos muy abiertos.

—Ya ha pasado todo —dijo Kitty—. La niña está bien.

Diana asintió, aunque parecía incapaz de recobrar el aliento. Todo su rostro rompió a sudar. Se arrancó el sombrero, lo lanzó al suelo y dejó al descubierto un cabello ondulado de color caoba. Se cubrió entonces la cara con las manos temblorosas. Justo antes de apartar discretamente la vista, Kitty captó la imagen de unas uñas pintadas y unos dedos cargados de anillos.

En el espejo retrovisor, sus ojos se toparon con la mirada de preocupación del chófer.

—Vámonos —le indicó—. Tal vez la señora Armstrong desee tomar un poco de agua.

El chófer soltó el freno y el automóvil echó a andar con suavidad. Dejaron atrás los cobertizos camino de Millionaire Row.

Poco a poco, la respiración de Diana se fue asentando. Por fin, levantó la cabeza y se retiró de la frente un mechón de pelo húmedo.

—No sé por qué la gente no es capaz de cuidar de sus hijos como es debido. —Se inclinó para recoger su sombrero, limpió el polvo del ala y se lo puso con delicadeza sobre las rodillas.

Kitty asintió de manera cortés y desvió la mirada una vez más. Tenía la incómoda sensación de haber presenciado algo que no debería haber visto: Diana había quedado en evidencia de un modo profundamente bochornoso. Tanto desde el punto de vista de la una como de la otra, aquello no había sido un buen comienzo.